Cantar de Mío Cid, que es a la vez un monumento literario y una fuente histórica, o en la utilización de gran cantidad de material épico prosificado en las antiguas crónicas medievales. Pensemos, en fin, que en la antigüedad grecolatina la historiografía constituía un género literario, y como tal se ha mantenido prácticamente hasta el siglo XIX, desde Herodoto de Halicarnaso a Ranke: durante muchos siglos, la historia ha sido la «narratio rerum gestarum», el relato simple y fiel de las cosas que habían pasado, y la tarea del historiador consistía, según el mencionado historiador positivista, en «mostrar sólo lo que realmente aconteció» («wie es eigentlich gewesen»). Sólo desde mediados del XIX, conforme se vaya tomando conciencia de la autonomía de la historia y la literatura, habrá una progresiva reducción de la dimensión épica, mítica y dramática de la historia, pasando a predominar la explicación e interpretación sobre el mero relato de los hechos.

La frontera que separa los territorios de la historia y la literatura ha sido, pues, permeable a lo largo de los tiempos y, así —pese a la conocida distinción aristotélica de historia y poesía— se han producido frecuentes incursiones de un género en el otro: la savia de la historia vivifica la literatura, y viceversa, la literatura es una fuente —si bien indirecta o secundaria— para el conocimiento histórico. El hombre es un ser histórico, vive inserto en un tiempo y en un espacio concretos, y en esa coordenada espacio-temporal protagoniza una serie de hechos históricos, ya pertenezcan a la gran historia, ya formen parte de la denominada intrahistoria. Y la literatura, siempre reflejo en mayor o menor medida de la realidad del momento, incluirá en sus creaciones todos esos hechos, tanto los decisivos para el discurrir de la humanidad toda, como los pequeños sucesos particulares, que no por cotidianos son menos determinantes para cada persona[1].

1 En este sentido, toda novela, sea o no de temática histórica, presenta de alguna manera un carácter histórico, pues sus protagonistas no pueden prescindir del devenir histórico en el que están insertos.

Lo que ahora nos interesa es el primer aspecto de esta mutua relación. La historia ha sido un magnífico vivero de asuntos, temas y personajes para todas las artes: hay una pintura histórica, un cine histórico y, por lo que hace a la literatura, no sólo la novela, sino también el teatro, el cuento o la poesía narrativa han buscado sus argumentos en ese inagotable filón que constituye la historia, el conjunto de hechos del pasado, preferentemente nacional. Pues bien, en el presente volumen pretendemos acercarnos en concreto a la novela histórica, subgénero narrativo cuyo patrón clásico fue fijado en el siglo XIX por Walter Scott y que, con mayor o menor intensidad, con variaciones en sus técnicas narrativas y de caracterización de personajes (paralelas, por otra parte, a las conocidas por la novela en general) ha seguido cultivándose hasta la actualidad, momento en el que goza de un cultivo y un éxito nada desdeñables.

2. ¿QUÉ ES NOVELA HISTÓRICA? BREVE DEFINICIÓN Y CARACTERIZACIÓN

Pero antes de continuar adelante tal vez deberíamos preguntarnos: ¿Qué es una novela histórica? ¿Qué requisitos debe reunir una novela para poder aplicarle el adjetivo «histórica»? ¿Qué es lo que hace que podamos reunir bajo esa etiqueta obras tan dispares como *Ivanhoe* y *La cartuja de Parma*, *Guerra y paz* y *El último mohicano*, *El señor de Bembibre* y *Bomarzo*? Todos tenemos una noción más o menos precisa de qué cosa sea una novela histórica, y poseemos intuitivamente la certeza de si tal novela es histórica o no lo es. Pero a la hora de plantearse una definición genérica la cuestión no es tan sencilla[2]. La característica más evidente es que todas las

2 No pretendo ahora una definición completa, ya que la siguiente contribución de este volumen se dedica específicamente a ofrecer unos «Apuntes para una definición de la novela histórica», pero considero

novelas mencionadas, tan diferentes entre sí, sitúan su acción (ficticia, inventada) en un pasado (real, histórico) más o menos lejano. Esta es una primera aproximación, aunque todavía demasiado vaga y general, que viene a coincidir con una definición aportada por Buendía:

> Definir la novela histórica en un sentido estricto supone decir de ella sencillamente que desarrolla una acción novelesca en el pasado; sus personajes principales son imaginarios, en tanto que los personajes históricos y los hechos reales constituyen el elemento secundario del relato[3].

Después me referiré con más detalle a los personajes de la novela histórica. De momento, podría añadirse para nuestra definición provisional otra característica: para que una novela sea verdaderamente histórica debe reconstruir, o al menos intentar reconstruir, la época en que sitúa su acción, tal como propugna Amado Alonso:

> En este sentido, novela histórica no es sin más la que narra o describe hechos y cosas ocurridos o existentes, ni siquiera —como se suele aceptar convencionalmente— la que narra cosas referentes a la vida pública de un pueblo, sino específicamente aquella que se propone reconstruir un modo de vida pretérito y ofrecerlo como pretérito, en su lejanía, con los especiales sentimientos que despierta en nosotros la monumentalidad[4].

---

conveniente, antes de seguir hablando de novela histórica, aportar brevemente algunas ideas al respecto.

3 F. Buendía, «La novela histórica española (1830-1844)», estudio preliminar en su *Antología de la novela histórica española (1830-1844)*, Madrid, Aguilar, 1963, 16-17.

4 A. Alonso, *Ensayo sobre la novela histórica. El Modernismo en 'La gloria de don Ramiro'*, Buenos Aires, Instituto de Filología, 1942, 143-44. A título de curiosidad indicaré que esta característica se menciona en la definición del *DRAE* (20.ª ed., 1992): «Novela histórica. La que se constituyó como género en el siglo XIX, desarrollando su acción en

Ocurre, sin embargo, que si señalamos como condición *sine qua non* para que una novela sea histórica la reconstrucción arqueológica de una época pretérita, su número se reduce notablemente, ya porque no todas logran esa reconstrucción, ya porque las que lo consiguen pierden muchos puntos como novelas. Bien sabido es que Flaubert, refiriéndose a su novela *Salammbô*, reconoció que al final había levantado un pedestal demasiado grande (la reconstrucción de Cartago) para una estatua que se le quedó chica (la caracterización psicológica de la protagonista). Solís Llorente afirma que «debe haber una intención en el autor de presentar una época, de aprovechar la ambientación de la novela para dar a conocer la realidad histórica de un momento determinado»[5]. Del mismo modo, Francisco Carrasquer insiste claramente en esta característica:

> Porque si es un subgénero de la novela, la novela histórica tiene que ser y no puede ser otra cosa que novela. No «ante todo» o «sobre todo» novela, sino novela de arriba abajo. Después de ser novela, sólo después, puede mojarse, teñirse o colorearse de *histórica*. Pero este adjetivo no puede sustantivarse, so pena de dejar de ser literatura[6].

Así pues, vemos que aquí radica uno de los principales peligros de este tipo de narración; por su propia naturaleza, la novela histórica es un género híbrido, mezcla de invención y de realidad. Por un lado, le exigimos a este tipo de obras la reconstrucción de un pasado histórico más o menos remoto,

---

épocas pretéritas, con personajes reales o ficticios, y tratando de evocar los ambientes, costumbres e ideales de aquellas épocas».

5 R. Solís Llorente, *Génesis de una novela histórica*, Ceuta, Instituto Nacional de Enseñanza Media, 1964, 41.

6 F. Carrasquer, *'Imán' y la novela histórica de Sender*, London, Tamesis Books Limited, 1970, 70. Y añade: «Pero no basta con referirnos al pasado para que nuestra novela pueda llamarse histórica. Ese pasado ha de sernos conocido o cognoscible, ha de estar registrado, cronicado, ha de ser histórico».

para lo cual el autor debe acarrear una serie de materiales no ficticios; la presencia en la novela de este andamiaje histórico servirá para mostrarnos los modos de vida, las costumbres y, en general, todas las circunstancias necesarias para nuestra mejor comprensión de aquel ayer. Pero, a la vez, el autor no debe olvidar que en su obra todo ese elemento histórico es lo adjetivo, y que lo sustantivo es la novela. Y esta es una piedra de toque fundamental a la hora de decidir si una determinada obra es una novela histórica o no: la ficcionalidad, ya que el resultado final de esa mezcla de elementos históricos y literarios no es una obra correspondiente a la historia, sino a la literatura, es decir, una obra de ficción.

Todo esto hace que la novela histórica sea un subgénero relativamente complicado. De hecho, la dificultad mayor para el novelista histórico residirá en encontrar un equilibrio estable entre el elemento y los personajes históricos y el elemento y los personajes ficcionales, sin que uno de los dos aspectos ahogue al otro. Si peca por exceso en su labor reconstructora del pasado, la novela dejará de serlo para convertirse en una erudita historia anovelada; por el contrario, si por defecto, la novela será histórica únicamente de nombre, por situar su acción en el pasado y por introducir unos temas y unos personajes pseudohistóricos[7].

Otra cuestión interesante que podríamos considerar es la siguiente: ¿Qué distancia temporal entre el presente del autor y la historia narrada es necesaria? La crítica ha señalado una

7 U. Eco distingue, en este sentido, tres formas de acercarse literariamente al pasado histórico: el «romance», que toma simplemente el pasado como fabuloso telón de fondo, como base para dejar volar la fantasía; la «novela de capa y espada», al estilo de Dumas, en la que se inventan personajes y hechos sobre un fondo histórico más o menos real; y la «novela histórica», cuyos personajes, aunque fingidos, se comportan como lo harían los personajes reales de aquella época (Eco, *Apostillas a 'El nombre de la rosa'*, Barcelona, Lumen, 1984, 80-81).

separación mínima de unos cincuenta años[8], que, en cualquier caso, no deja de ser una cifra arbitraria. Para Juan Ignacio Ferreras, las novelas históricas pueden construirse de tres formas distintas, por lo menos: «o alejándolas en el tiempo y llegando a lo que pudiéramos llamar novela arqueológica; o alejándose hasta la generación de los abuelos; o, finalmente, escribiendo acerca de la actualidad histórica contemporánea o muy presente»[9]. Creo que sería interesante establecer una distinción entre novela histórica y «episodio nacional contemporáneo», reservando este término para aquellas obras que no alejan demasiado su acción en el tiempo, esto es, para aquellas que novelan acontecimientos históricos vividos —o que pudieron llegar a ser vividos— por el autor, como sucede con las cinco series de *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós, en las que se recogen los acontecimientos de la historia de España desde unos años antes de la Guerra de la Independencia (la batalla de Trafalgar) hasta la Restauración borbónica.

Como resumen de lo dicho, podemos concluir que la novela histórica es un subgénero narrativo (obra de ficción, por tanto) en cuya construcción se incluyen determinados elementos y/o personajes históricos. Ahora bien, no existe ninguna peculiaridad de tipo estructural que nos permita distinguir una novela histórica de otro tipo de novela. Así lo reconoce Gyorgy Lukács:

> Si observamos, pues, seriamente el problema de los géneros, sólo podremos plantear la cuestión del siguiente modo: ¿cuáles son los hechos vitales sobre los que descansa la novela histórica y que sean específicamente diferentes de aquellos hechos vitales que constituyen el género de la

8 Cf. B. Ciplijauskaité, *Los noventayochistas y la historia*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1981, 13.

9 J. I. Ferreras, *La novela en el siglo XVII*, Madrid, Taurus, 1987, 56-57.

novela en general? Si planteamos así la pregunta, creo que únicamente podemos responder así: no los hay[10].

También Baquero Goyanes, al hablar de la novela policiaca como un tipo de narración que cuenta con una estructura bien determinada, señala que no ocurre lo mismo con la novela histórica, sino que ésta aprovecha todas las estructuras del género novelesco:

> La novela policíaca, antes que una especie literaria, es sobre todo una estructura. [...] Una novela histórica quedará siempre definida por unos determinados aspectos que la diferencian de otras modalidades novelescas; pero, de hecho, no posee la fijación estructural que es propia de la novela policíaca. (En el género de la novela histórica caben las más dispares estructuras. Compárense, por ejemplo, la de *Quo Vadis?* de Sienkiewicz, y la de *Los Idus de Marzo*, de T. Wilder.)[11]

En definitiva, lo que hace histórica a una novela es una cuestión de contenido, de tema o argumento. En cualquier caso, pese a la ausencia de una fijación estructural bien determinada, la novela histórica se sigue cultivando y continúa estando de moda, hasta el punto de constituir para algún crítico una posible vía de salvación para el género novelesco en decadencia[12].

10 G. Lukács, *La novela histórica*, trad. de Jasmin Reuter, México, Era, 1977, 298.

11 M. Baquero Goyanes, *Estructuras de la novela actual*, Madrid, Castalia, 1989, 153.

12 «El retorno cíclico a la novela histórica [...] es un gesto de los pocos que aún pueden salvar a la novela de su naufragio en la categoría de los géneros pasados, como la epopeya, que le precedió en el declive. Mientras periódicamente logre salir a flote y tomar bocanadas de oxígeno histórico, la novela podrá mantenerse a dos aguas. Como Anteo, la novela recobra energías cuando vuelve a hacer pie en sus orígenes historiales» (I. Soldevilla Durante, «Esfuerzo titánico de la novela histórica», *Ínsula*, núms. 512-13, 1989, p. 8).

3. APARICIÓN DEL SUBGÉNERO NOVELA HISTÓRICA

Según Lukács[13], la novela histórica clásica nace a principios del siglo XIX como consecuencia de una serie de circunstancias histórico-sociales, viniendo a coincidir aproximadamente con la caída del imperio de Napoleón Bonaparte en 1815; de hecho, *Waverley*, la primera novela de Walter Scott, es de 1814. Existen, por supuesto, algunas novelas de tema histórico anteriores, como las denominadas «antiquary novels» inglesas de la segunda mitad del XVIII, pero en ellas no encontramos la voluntad de reconstruir el pasado; sólo son históricas en su apariencia externa, pues la psicología de los personajes y las costumbres descritas corresponden a la época de sus autores. Scott, partiendo de la novela de sociedad, crea la novela histórica moderna (y dignifica literariamente todo el género novelesco) en un momento en que se dan en Europa una serie de circunstancias socio-políticas que facilitan su nacimiento.

En efecto, con la Revolución francesa y las posteriores guerras napoleónicas, se crean los primeros grandes ejércitos de masas y el pueblo comienza a tomar conciencia de su importancia histórica. Además, estas luchas despertarán el sentimiento nacionalista en las territorios sometidos, lo que conducirá a una exaltación del pasado nacional y a un interés creciente por los temas históricos. Así pues, Scott vive en una época de profundos cambios y, de hecho, también situará sus novelas en momentos críticos de la historia inglesa. Que las situaciones de grandes crisis históricas son especialmente favorables para suscitar la aparición de una filosofía de la historia es un hecho unánimemente destacado por pensadores y críticos[14]. Toda una serie de factores facilita, por consi-

13 Cf. Lukács, «Las condiciones histórico-sociales del surgimiento de la novela histórica», *op. cit.*, 15-29, al que sigo en lo fundamental aquí.

14 «Las épocas de mayor turbulencia social, las situaciones históricas más caóticas y conflictivas conllevarían una mayor exigencia y demanda de

personajes mágicos, al estilo de las narraciones de J. R. R. Tolkien *(El hobbit, El señor de los anillos)*. Hay, en fin, novelas policiacas enmascaradas bajo una envoltura histórica: eso es, entre otras cosas, *El nombre de la rosa*, de Eco, o toda la serie dedicada por Lindsay Davis al detective privado Marco Didio Falco *(La plata de Britania, La Venus de cobre, La estatua de bronce, La mano de hierro de Marte, El oro de Poseidón)*, ambientada en la corrupta época del emperador Vespasiano. Néstor Luján, en *Decidnos, ¿quién mató al conde?*, juega con siete hipótesis sobre el asesinato del conde de Villamediana, con distintos móviles y personas implicadas, todas ellas posibles desde el punto de vista novelesco.

Por último, comentaré que hay novelas que nacen con la voluntad de ser históricas; pero existen otras originariamente no históricas a las que el tiempo o las circunstancias las pueden convertir en históricas. Mencionaré un solo ejemplo: de la misma forma que las novelas no históricas de Pérez Galdós sirven para conocer la intrahistoria del siglo XIX español, *Nada* de Carmen Laforet y muchas otras novelas que reflejan la dura situación de la posguerra española han adquirido con el paso del tiempo un cierto carácter histórico.

8. VALORACIÓN FINAL

He tratado de repasar en esta «Retrospectiva» algunos aspectos generales relativos a la novela histórica, deteniéndome particularmente en la relación entre historia y ficción en este subgénero narrativo. He insistido en que la historia es una acercamiento científico a la realidad histórica y la novela histórica, un acercamiento artístico, literario: el historiador debe ceñirse a la verdad histórica y el novelista ha de atenerse a la verdad novelesca, y ambas aproximaciones se complementan. En la novela no cuenta tanto la verdad o la objetividad, como que se trate de una historia bien contada, de ahí que se permitan al novelista ciertas licencias y

falsificaciones en el tratamiento de los personajes y los hechos históricos, siempre que se mantenga dentro de unos límites: tiene libertad para deformarlos, pero no hasta el punto de hacerlos irreconocibles o falsos. Por otra parte, la objetividad total es imposible, incluso para el historiador, porque es un hombre inserto en una sociedad y en un tiempo concretos: «El historiador no pertenece al ayer, sino al hoy», señala E. H. Carr, y el mero uso del lenguaje «veda la neutralidad al historiador»[66].

La novela histórica, situada entre la historia y la literatura, puede narrar y explicar los acontecimientos con mayor viveza y emoción, sin la gravedad del relato puramente histórico, puede revivir el pasado, infundir vida nueva a ese material, penetrar en los caracteres principales de una época o una sociedad, en suma, calar en su esencia. No existe una incompatibilidad entre historia y literatura; la historia supone rigor, fidelidad, exactitud, y la novela aporta fantasía, imaginación, en una palabra, ficción literaria. La presencia de elementos históricos en una obra literaria no sólo no la destruye como tal, sino que puede contribuir poderosamente a embellecerla y enriquecerla. Todo se reduce a una cuestión de proporciones, a que ambos elementos, el histórico y el ficcional, se mezclen en la cantidad y de la manera adecuadas (siempre y cuando, claro está, esa mezcla esté hecha además con arte).

Gracias al carácter ejemplarizante de la historia, la novela histórica constituye además un género que ayuda a la reflexión del hombre, ya que le obliga a pensar sobre el transcurso del tiempo. El hombre contemporáneo es consciente de sí mismo y de la historia, como nunca antes lo había sido. Presente y pasado se hermanan en la novela histórica: por un lado, la visión del pasado se ilumina con los conocimientos del presente y, a su vez, la comprensión del pasado enriquece la del mundo actual y nos hace mirar con ojos nuevos al porvenir;

66 E. H. Carr, *¿Qué es la historia?*, trad. de Joaquín Romero Maura, Barcelona, Seix Barral, 1967, 34.

el hombre que se interroga sobre su pasado desea saber de dónde viene para saber mejor lo qué es y hacia dónde camina. Contribuye, asimismo, a recuperar nuestra memoria histórica, la memoria colectiva de un pueblo y, por tanto, a profundizar en nuestra libertad.

En la novela histórica, la historia y la literatura se dan la mano, y de ese colocar la una cabe la otra resulta un diálogo, constructivo y a la vez ameno, entre pasado y presente, una reactualización de la experiencia pasada. La novela histórica es, por tanto, una invitación a la historia, una invitación a ampliar el conocimiento de nuestro propio pasado y, en definitiva, el conocimiento de nosotros mismos porque, en frase de Witold Kula, «sin la historia, la sociedad humana nada sabría de sí misma».

9. BIBLIOGRAFÍA CITADA

Alonso, A., *Ensayo sobre la novela histórica. El Modernismo en 'La gloria de don Ramiro'*, Buenos Aires, Instituto de Filología, 1942.

Álvarez, R., «Introducción» a Scott, *El corazón de Mid-Lothian*, Madrid, Cátedra, 1988.

Antón Andrés, Á., «Estudio preliminar» a Espronceda, *Sancho Saldaña*, Madrid, Taurus, 1983, 7-44.

Baquero Goyanes, A. L., «Cervantes y la novela histórica romántica», *Anales Cervantinos*, XXIV, 1986, 179-92.

Baquero Goyanes, M., *Estructuras de la novela actual*, Madrid, Castalia, 1989.

Baroja, P., «Condiciones de la novela histórica», en *Divagaciones apasionadas, Obras Completas*, V, Madrid, 1948, 499-500.

Bermejo Barrera, J. C., «La Historia, entre la razón y la retórica», *Hispania*, vol. L, 1, 1990, n.° 174, 237-76.

Buendía, F., «La novela histórica española (1830-1844)», estudio preliminar en su *Antología de la novela histórica española (1830-1844)*, Madrid, Aguilar, 1963, 9-36.

Butterfield, H., *The Historical Novel. An Essay*, Cambridge, Cambridge University Press, 1924.

Carr, E. H., *¿Qué es la historia?*, trad. de J. Romero Maura, Barcelona, Seix Barral, 1967.

Carrasco Urgoiti, M.ª S., *El moro de Granada en la literatura*, Granada, Universidad, 1989 [edición facsímil de la de Madrid, Revista de Occidente, 1956].

Carrasquer, F., *'Imán' y la novela histórica de Sender*, London, Tamesis Books Limited, 1970.

Ciplijauskaité, B., *Los noventayochistas y la historia*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1981.

Delgado, A., «"Je n'aime pas dans l'histoire que les anecdotes". Consideraciones en torno a la novela histórica de Merimée», *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, núms. 8-9, 1989-90, 113-16.

Eco, U., *Apostillas a 'El nombre de la rosa'*, Barcelona, Lumen, 1984.

Ferreras, J. I., *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica*, Madrid, Taurus, 1976.

Ferreras, J. I., *La novela en el siglo XVII*, Madrid, Taurus, 1987.

Gossman, L., *Between History and Literature*, Cambridge-Massachusetts-London, Harvard University Press, 1990.

Hinterhäuser, H., *Los 'Episodios nacionales' de Benito Pérez Galdós*, Madrid, Gredos, 1963.

Langlois, Ch. V. y Seignobos, Ch., *Introducción a los estudios históricos*, Madrid, Daniel Jorro, 1913.

Lista, A., *Ensayos literarios y críticos*, Sevilla, Calvo-Rubio, 1844, dos vols.

Lukácks, G., *La novela histórica*, trad. de Jasmin Reuter, México, Era, 1977.

Lloréns, V., *El Romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1989.